

verdad, y la he buscado; la he seguido á donde ella me ha llamado sin reparar en los duros sacrificios que me imponía. He roto los lazos más queridos para obedecerle. Estoy seguro de haber obrado bien. Me explicaré. Nadie está seguro de poseer el enigma del universo y el infinito que nos rodea rompe todos los marcos y todas las formas que querríamos imponerle. Pero hay una cosa que se puede afirmar, la sinceridad del corazón, el sacrificio en aras de la verdad, y el sentimiento de lo que se ha sacrificado por ella. Este testimonio lo llevaré muy alto y firmemente sobre mi cabeza en el juicio final. En esto he sido verdaderamente Bretón.

Unió el espíritu positivo, crítico y exigente con una filosofía amable, dulce, regocijada, sin acritud ni amargura, de la que ha podido decirse que iba á parar en el Dios de Béranger. Oigámosle hablar acerca de este poeta, pues es una página de excelente crítica:

No he leído á Béranger sino muy tarde y como se lee un documento histórico. Me hallo pues mal dispuesto para comprenderle bien y desconfío de la justicia de los sentimientos que me inspira. Su lengua, que me parece falta de nitidez y de verdadera ligereza, produce algo mejor efecto cuando se la oye cantar. Muchos de sus motivos poéticos, que hoy no tienen sentido para nosotros, lo tenían sin duda cuando lograron tal favor. Por otra parte, me echa á perder sus mejores canciones y se mezcla como una disonancia con sus armoniosos ritmos un continuo equivoco de que no pareció darse cuenta el público. Me refiero á esa pretensión que con frecuencia le hizo rendir tributo á uno de los defectos de nuestra época, á la manía de confundir los géneros y de transformarlo todo en declamación. Cada género es bueno, con tal que sea franco y determinado. Nuestros viejos cancioneros de la escuela provenzal son clásicos á su manera. Anacreonte cantó el placer de un modo que fué casi una lección de moral, puesto que fué una lección de sencillez, de gracia y de buen gusto; en particular Hafiso es un libertino incomparable. La profunda melancolía de la condición humana, la inestabilidad de la suerte, y la fatalidad que nos empuja, no tuvieron jamás más profundo intérprete. El pensamiento de la muerte es su compañero de embriaguez; detrás del placer, se oculta, á sus ojos, no la vulgar alegría, sino el reposo en lo infinito, la visión de Dios. Todo lo que es verdadero debe tener su puesto en estética. Lo artificial es lo malo: como el honrado y pedante Chapelain, usurpando torpemente el papel del aeda y del trovador; como el poeta del siglo xviii, un J. B. Rousseau ó un Piron, componiendo á su antojo cánticos piadosos, odas pindáricas y epigramas obscenos; como el cancionero respetable, que canta el vino por obedecer á su conciencia y « celebra los favores de Glicería » como tema obligado del que quiere hacer versos.

Seguramente sería injusto colocar á Béranger entre estos escritores artificiales y sin mérito. Pero no puede negarse que su obra pone de vez en cuando á la crítica en singular apuro. La ligereza en él es reflexiva y voluntaria. Era, según dicen, un hombre sobrio, de excelente juicio y buen consejo, que bebía poco, y que era mucho más previsora de lo que aparece en sus canciones. Cuando he llegado á saber todo esto, estoy por exclamar: « ¡ Tanto peor! » Si hubiera sido un vividor, le hubiera colocado al lado de sus colegas representantes de la antigua alegría, locos de buena ley, bebe-

dores sinceros que no escribían canciones sociales y filosóficas ni veían nada más allá de sus alegres estribillos. Pero al enterarme de que Lisette y el chambertín no son más que figuras de retórica, y que aquel cantor que pretende no cuidarse de otra cosa que de las comidas del Caveau y de su amada, es filósofo y político, y, ¡ Dios me perdone!, hasta teólogo, toda mi estética se derrumba.

Ya no veo en la expresión de esta falsa alegría, sino una amplificación de escolar, algo análogo á los versos latinos que, en tiempo del Imperio, escribía el hombre más ordenado acerca del vino y del amor, por sistema poético y como signo de su admiración hacia Horacio.

Las tendencias de Renan parecían deber llevarle del lado de Schopenhauer, hacia el desencanto y la melancolía. Ofreció el ejemplo raro de un positivismo feliz y sonriente, de un escepticismo amable que hace pensar en la indulgente moral de Horacio. ¿ Busca? ¿ Duda? ¿ No está seguro de nada? Y sin embargo esa incertidumbre no crea en él inquietud, le sirve de blanda almohada. Halló excelente la vida después de una existencia cuyos principios fueron una serie de desilusiones, de pruebas, de desengaños, desde la miseria del colegio de la calle Saint-Jacques, hasta las persecuciones del ministerio Duruy. No le guardó rencor, hasta la consideró benéfica, creyó en la dicha y exclamó: « ¡ El sol no es jamás pálido, sólo que algunas veces aparece velado! » Lejos de desesperarse, condenó el pesimismo, le hizo blanco de todos los oprobios, y contempló sonriendo al mundo que envejecía, poniendo su fe en un porvenir deseable que previó muy cerca de nosotros y predijo con la satisfacción de un hombre doblemente feliz por su felicidad propia y por la que anunciaba á sus descendientes: « *Carpe vitam*, la vida es buena, y no es nada todavía; ya veréis el siglo xx. »

Sobre su tumba, decía Gastón Boissier:

Había visitado piadosamente á Atenas y dirigido á « la diosa de los azules ojos » que habita en el Acrópolis, una plegaria que todos recuerdan. Hay que creer que la diosa acogió favorablemente á su devoto, puesto que se dignó concederle, con la amable flexibilidad del genio griego, el don encantador de iluminar la gravedad con una sonrisa y permitirle que alguna vez pudiese ofrecernos una imagen de las aladas fantasías del divino Platón.

En efecto parece como que revolotea una amable sonrisa por encima de la obra de este sabio. Sus apotegmas son maliciosos y están llenos de ingenioso humorismo:

La ostra perlera me parece la mejor imagen del universo y del grado de conciencia que hay que suponer en el conjunto. En el fondo del abismo, unos gérmenes oscuros crean una conciencia muy mal secundada por los órganos y prodigiosamente hábil sin embargo para lograr sus fines. Lo que se llama una enfermedad de ese diminuto *cosmos* viviente, causa una secre-

ción de una belleza ideal que los hombres se disputan á precio de oro. La vida general del universo es como la de la ostra, vaga, obscura, singularmente contrariada y por lo tanto lenta. El sufrimiento crea el ingenio, el movimiento intelectual y moral. Enfermedad del mundo, si se quiere pero en realidad perla del mundo, el ingenio es el fin, la causa final, el resultado último y seguramente el más brillante del universo que habitamos. Es muy probable que si tiene resultados ulteriores, han de ser de un orden infinitamente elevado.

¡Qué linda página y como rehabilita al más infimo de los moluscos! Esto otros más divertido:

Figúrome con frecuencia, que, en vísperas del juicio universal, cuando las señales del cielo sean tan evidentes que no dejen lugar á la menor duda, habrá aún sin embargo gente capaz de hacer gestiones para conseguir el honor de ser alcalde de una aldea ó consejero municipal.

Se ha citado con frecuencia su célebre pasaje llamado del Purgatorio:

Á decir verdad, como ya lo he dado á entender otras veces, lo que mejor me convendría en toda justicia, no es el infierno, sino el purgatorio, lugar melancólico y encantador donde, los que tengan que purgar alguna pena correccional, estarán en magníficas condiciones para esperar. Figúrome el Purgatorio como un inmenso parque iluminado por una luz polar y cubierto de oscuras enramadas donde se purifican los amores iniciados en la tierra entre tanto que llega la completa eterización. ¡Qué de novelas exquisitas se acaban allí! ¡Qué poca prisa se debe tener por salir, teniendo sobre todo en cuenta la escasa atracción del paraíso! Lo que á veces me hace no desear mucho ese lugar de delicia es su monotonía. ¿Podrá uno cambiar de sitio? ¡Válgame Dios! ¡Qué pronto estaría uno cansado de su vecino ó de su vecina! Los viajes de planeta á planeta me agradarían mucho, pero no le agradarían seguramente á las viejas devotas que, según dicen, formarán la mayoría de los elegidos. ¡Hágase la voluntad de Dios!

Hay en su carácter todo un aspecto galante que le inclina á ocuparse en las mujeres, á observarlas, y á hablar en su favor. Hay un Renan de las mujeres, para las cuales pensaba escribir una especie de devocionario. Á lo menos les ha procurado esas obras maestras de gracia y de pureza, *le Broyeur de tin* y *la Petite Noémi*. Transforma en filosofía las maniobras de la coquetería:

¡La verdad es una gran coqueta! No quiere que la cortejen con demasiada pasión. La indiferencia suele obtener mejor resultado con ella. Cuando cree uno que la tiene en su poder, se le escapa. Se entrega, cuando se sabe conquistarla. Se revela precisamente en las horas en que creía uno haberle dicho adiós; y por el contrario, se muestra rigurosa cuando se la afirma, es decir ¡cuando se la ama demasiado!

¡Qué estilo! Es una maravilla y Renan es uno de los más puros y de

los más grandes escritores de nuestra época. Ph. Berger le vió escribir:

Buscaba largo tiempo con la pluma en el aire, agitada por un ligero balanceo de la mano; de pronto caía sobre el papel como un águila sobre su presa y trazaba algunas líneas con hermosa letra, firme y bien formada. Su primera producción era muy brillante. Lanzaba sobre el papel, sobre su carpeta ó no importa donde las fórmulas que se presentaban á su espíritu. Pero ¡cómo trabajaba luego todo esto! Cubría sus márgenes de correcciones, mediante un sistema de llamadas muy claro y muy ingenioso; y cuando las márgenes estaban llenas, agregaba hojas suplementarias con ayuda de obleas. De suerte que sus libros, que por el encanto incomparable de la forma parecen fáciles, son el producto de la más sólida erudición.

El estilo de Renan presenta la mayor belleza, es claro, luminoso, seguro elegante, armonioso, evocador de ideas. Reposa y encanta.

No fué un pintor ó un colorista; su Galilea no es la de Pierre Loti.

Hace pensar. El juego de las ideas fué para él la más sublime diversión. Sus paisajes de Oriente son relatos de historia, sus misceláneas (léase esa maravilla, *el Viaje á Sicilia*), todas esas páginas tienen una limpidez luminosa y fuerte, imagen de un espíritu poderosamente constituido. ¡Qué de páginas admirables y ya clásicas, desde la invocación al alma de su hermana, al frente de *la Historia de los orígenes*, hasta *la Oración en el Acropolis* y *la Resignación al olvido*! ¡Qué variedad de tonos y de asuntos! severas páginas de historia ó conmovedores cuadros de infancia, disertaciones profundas ó simples hojas de ruta. Constantemente produce una impresión de plenitud, de clásica perfección. Poseyó el encanto y el arte, la conciencia y la gracia, la poesía y el realismo científico, el diletantismo y la prodigiosa voluntad de una labor continuada durante veintiséis años en el mismo surco.

Reunió á la erudición la ironía, el fervor de Bayle, de Voltaire y de Rousseau. Ejerció poderosa influencia sobre las almas, sin procurarlo; porque se complacía en la elevada curiosidad filosófica y en el desdén trascendente. Se aislaba en sus trabajos y resplandecía, sin darse cuenta de ello sobre las mentalidades ambientes. Sabio y poeta, creyente é incrédulo, optimista y desesperado, espontáneo y artista, cándido y osado, presenta un cuadro desconcertante de contradicciones morales. Por su origen es gascón y bretón y tiene algo de ambas razas. Es á la vez Lamennais y Montaigne. El hada de las landas de Armórica juguetea en él con los duendes de Gascuña.

Fué un teólogo laico. Volvió á encontrar el alma sencilla de las antiguas mitologías. Hacía resurgir nuevamente el espíritu de las épocas que estudiaba con una versatilidad calcada en la variedad de los objetos de su estudio. Su idealismo de conjunto tiene la inconsistencia de sus curiosidades vagabundas. No ha procurado un viático para el viaje de la

vida y ha mezclado la sonrisa con la gravedad y el diletantismo con la reflexión. Se ha analizado tan copiosamente á sí mismo, que nadie podría hacerlo mejor. Hay que oírle :

Entre mis defectos tengo una especie de molicie en la comunicación verbal de mis pensamientos que casi me ha anulado en ciertos casos.

El sacerdote emplea en todo su política sagrada; lo que dice implica una gran parte de convencionalismo. En este sentido, sigo siendo sacerdote; y esto es tanto más absurdo cuanto que no saco ningún beneficio ni para mí ni para mis opiniones.

En mis escritos he mostrado siempre una sinceridad absoluta. No sólo no he dicho nada más que lo que pienso, sino que, cosa más rara y más difícil, he dicho todo lo que pienso. Pero en mi conversación y en mi correspondencia, sufro á veces extraños desfallecimientos. No me inspiran ningún interés y, salvo el corto número de personas con las que me liga una fraternidad intelectual, digo á cada uno lo que creo que debe agradecerle. Mi nulidad en el trato social excede toda ponderación. Me embarco, me embrollo, vacilo, me extravío en un tejido de ineptias. Condenado por una especie de prejuicio á una cortesía exagerada, á una cortesía de sacerdote, me intereso principalmente por saber lo que mi interlocutor desea que le diga. Cuando estoy con alguien, toda mi atención la pongo en adivinar sus ideas y, por exceso de deferencia, en servírselas por anticipado. Esto depende de la suposición de que hay muy pocos hombres bastante desprendidos de sus propias ideas para que no se les moleste hablándoles de otra cosa que de lo que piensan. Sólo me expreso con libertad con aquellas personas que están libres de preocupaciones y se hallan colocadas en un punto de vista de ironía benévola y universal.

En cuanto á mi correspondencia, será una vergüenza el que la publiquen después de mi muerte. Escribir una carta es para mí una tortura. Comprendo que se hagan alardes de talento delante de diez lo mismo que delante de diez mil personas, pero tratándose de una sola... Antes de escribir vacilo, reflexiono, hago un plan para una simple carta de cuatro carillas, y con frecuencia me duermo.

Dió claras pruebas de su flaco en cuanto al culto del éxito, que carece de desinterés, de vigor y de nobleza :

Acepto para mí y para Berthelot esa afirmación. Sí, nos gusta el éxito; esto depende de que ambos somos sabios y estamos dotados del sentido histórico. Yo, que he escrito los orígenes del Cristianismo, y él, que estudia los orígenes de la química, nos hemos acostumbrado á considerar cada forma del genio humano en su desarrollo desde la raíz, desde la germinación sorda hasta la flor.

Era positivista por su espíritu crítico y por la exigencia lógica de su razón. No admite lo sobrenatural. Para él lo divino no era más que el progreso final al que ha de ir á parar la humanidad, que él suponía perfectible indefinidamente por medio de la ciencia. Debía tantos goces al saber, que deseaba á todos los hombres el pasar como él por los flo-

ridos senderos de los vastos conocimientos. Hacía á Aug. Comte el favor de revestir de encanto sus teorías.

Era dado á la meditación, amigo del aislamiento, y vivía separado del siglo, mostrándose siempre algo monje, paciente, obscuro y casto; pero consideraba á la virtud como un engaño, lo cual es frágil cimiento para la moral. Fué honrado, testarudo y lleno de abnegación hacia lo que él creyó la verdad. Se expuso á la miseria antes que dejar de expresar lo que pensaba.

Su filosofía, que Faguet encuentra succulenta y perfumada, fué en efecto dulce. Por una extraña contradicción, él que creía en el progreso, juzgaba que la humanidad se repite y explicaba el presente por medio de analogías con los tiempos apostólicos. Consideraba pues el progreso muy lento, pero muy seguro, y esta certeza era el fundamento de su confianza. En cuanto á la metafísica y al más allá, habla de ellos como poeta que cuenta sus sueños. Su imaginación cubre con una cascada de luz semejante vacío. Lealmente no afirmaba nada. Su dialéctica era untuosa, insinuante, maliciosa, y destruía con la apariencia de bendecir y de aprobar. Roberto de Bonnières refiere lo siguiente :

Estando de paso en Nápoles, y siendo ya célebre, oyó Renan llamar á la puerta de su habitación. Fué á abrir y se encontró cara á cara con una de las criadas del modesto hotel donde paraba. La joven acudía á rogar á Su Excelencia, que tuviese á bien escogerle un terno para el próximo sorteo de la lotería. Los predicadores de la catedral habían nombrado repetidas veces al Sr. Renan desde el púlpito, en su presencia. Confesaba ella que no sabía si era un santo ó un diablo. — Por lo demás, decía para sí, si es un santo sus números no pueden dejar de ser excelentes; y si es un diablo, mejores aún.

La posteridad se conducirá con respecto á él como la criada napolitana. Vacilará antes de decidirse.

Hipólito Taine¹ fué aplicado desde la infancia. Uno de sus tíos le enseñó el inglés. Su padre le envió á París al colegio Bourbon. Á los veinte años, en 1848, fué admitido con el número uno en la Escuela

1. 1828-1893. Bibliografía : Artículos publicados en la *Revue de l'Instruction publique*, *le Journal des Débats*, *la Vie parisienne* y *la Revue des Deux-Mondes*.

De Personis platoniciis (1853), y *Essai sur les fables de La Fontaine* (1853), sus tesis de doctorado; *Essai sur Tite-Live* (1854), coronado por la Academia francesa; *Voyage aux eaux des Pyrénées* (1855), reeditado con el título *Voyage aux Pyrénées. Les Philosophes français au dix-neuvième siècle* (1856), reeditado en 1888 con el título *Les Philosophes classiques du dix-neuvième siècle en France*; *Essais de critique et d'histoire* (1857); *La Fontaine et ses fables* (1850), edición refundida y reeditada muchas veces desde su tesis de doctorado. *Histoire de la Littérature anglaise* (1864, 4 vol.), una de sus obras capitales aumentada después con un quinto volumen *les Contemporains*; *l'Idéalisme anglais*, estudio sobre Carlyle (1864); *le Positivisme anglais*, estudio

Normal Superior, en la promoción de Edmond About, de Weiss, de Paul Albert, de Assolant, de Merlet y de Francisque Sarcey que escribía:

Taine llegó á la escuela precedido de una de esas reputaciones maravillosas que se crean entre sí los jóvenes, que distribuyen la gloria sin contar y á manos llenas. El año anterior había ganado el premio de honor de retórica. About había ganado el año siguiente (1848) el de filosofía. Eran los dos grandes rivales. En el concurso de entrada en la Escuela, Taine había vencido á About por algunos puntos; era el primero de la promoción, el cacique como decíamos en aquel tiempo... Taine había entrado el primero, y se mantuvo el primero durante nuestros años de escuela, por confesión de todos sus camaradas y hasta del mismo About que, sin duda alguna, se mostraba en ciertas cosas más brillante que él, pero que no poseía ni la misma solidez de juicio, ni la misma extensión de conocimientos, ni sobre todo esa increíble potencia para el trabajo que era una de sus cualidades más características. En medio de aquellos muchachos aturcidos que perdían el tiempo en hablar y en leer, era el único que estaba siempre metido en sus estudios sin descanso y con una aplicación extraordinaria.

Se interesaba por todo, se ocupaba en todo, á veces con pasión y siempre con obstinación reflexiva. Aspiraba á la agregación de filosofía; pero cultivaba al mismo tiempo las matemáticas, la física, las ciencias naturales, la historia, las lenguas vivas, que acabó por conocer á fondo, la música y el dibujo. En realidad no sé lo que ignoraba. Era una enciclopedia viviente y lo más maravilloso en él es que tan prodigioso conjunto de conocimientos como iba difundiendo con movimiento continuo en su espíritu siempre abierto, se organizaba en él sin trabajo y se disponía con orden tan metódico que, al primer llamamiento de su memoria, cada conocimiento salía de su casilla y se difundía sobre el papel ó en la conversación. Aquella universalidad nos tenía deslumbrados y confundidos. Cuando teníamos necesidad de algún dato, no había más que recurrir á él. Al verse interrumpido en su trabajo, sonreía dulcemente y, asegurando con un gesto familiar los anteojos sobre la nariz, empezaba á hablar sobre el asunto que se le preguntaba.

Aquel hombre afable, reservado y casi tímido nos dice su biógrafo Castets, tenía en el dominio del pensamiento y de la especulación pura ideas sistemáticas de singular atrevimiento. Estas hicieron que fuese mal notado y no admitido á la agregación y cuando entró en el profesorado, fué cayendo de desgracia en desgracia hasta que renunció á la enseñanza. Cuando quiso hacer su doctorado, hizo leer una parte de

sobre Stuart Mill (1864); *les Ecrivains anglais contemporains* (1865); *Nouveaux Essais de critique et d'histoire* (1865); *Philosophie de l'art* (1865); *Philosophie de l'art en Italie* (1866); *Voyage en Italie, Naples, Rome, Florence, Venise* (1866, 2 vol.); *Notes sur Paris ou Vie et opinions de M. Frédéric-Thomas Graindorge* (1867), colección de artículos publicados en la *Vie parisienne*, con el seudónimo de Frédéric-Thomas Graindorge. *L'Idéal dans l'art* (1867), lecciones profesadas en la Escuela de Bellas Artes; *Philosophie de l'art aux Pays-Bas* (1868); *De l'Intelligence* (1870, 2 vol.); *Du Suffrage universel et de la manière de voter* (1871); *Un séjour en France de 1792 á 1795* (1872); *Notes sur l'Angleterre* (1872); *les Origines de la France contemporaine*, que comprenden *l'Ancien Régime, la Révolution (l'Anarchie, la Conquête jacobine, les Gouvernements révolutionnaires), le Régime moderne* (1875-1890). El sexto volumen *Origines de la France contemporaine*, complemento de *Régime moderne*, quedó sin acabar por la muerte de Taine. Varios fragmentos de esta obra aparecieron en la *Revue des Deux Mondes*.

su tesis sobre las *Fábulas de La Fontaine* á Julio Simon que, para evitar un nuevo fracaso, le recomendó á Adolfo Garnier: «¿Sabe Ud. dijo J. Simon lo que éste me respondió después de haberla leído? Que el autor no era más que un necio y que habían tenido mil veces razón para desviarle de la filosofía.» Y puesto que he sido su profesor de Ud., me decía A. Garnier para terminar, me permitirá Ud. que, valiéndome de ese título, le reproche como una falta y hasta como una falta contra la moral el haber querido arrancarme la aprobación de una obra tan desprovista de raciocinio, de talento, etc.?»

Sin embargo Taine fué recibido con gran éxito. En 1862 postulaba la cátedra de profesor de literatura en la Escuela politécnica; la princesa Matilde y el príncipe Napoleón se interesaban por él. Sin embargo se prescindió de su nombre y dieron la cátedra al Sr. de Loménie á quien Taine debía reemplazar más tarde en la Academia francesa. Pero en 1864 fué nombrado profesor de estética en la Escuela de Bellas Artes¹. Siendo profesor en provincia, durante un año había leído á Hegel todos los días.

Fuera de sus libros, trajo de sus viajes por los Pirineos, por Italia y por Inglaterra una cantidad enorme de notas: «Cada una de sus impresiones, cada noción nueva, dice Ph. Berthelot, se hallaba escrita, anotada y clasificada por él. Constituyó de esta suerte un repertorio inmenso de hechos y de documentos. Para comprender todo su interés, hay que saber que la *Vida y las Opiniones de Tomás Graindorge* fueron sacadas casi textualmente de estas notas; la sensación se presentaba á su espíritu inmediatamente bajo forma literaria. Esta biblioteca le fué á veces útil. Prestó su aspecto exterior á su héroe Tomas Graindorge que «hablaba sin accionar, y con un semblante inmutable, no por falta de imaginación, sino por el hábito de contenerse y por horror á toda exterioridad».

Del mismo modo que en el Sr. Pablo, bajo cuyos rasgos se pintó mejor aún en el capítulo final de sus *Filósofos franceses*, existían en él «el hombre de diario que era el más conciliador de los hombres y casi tímido, y el filósofo rígido en sus dogmas como una cadena de teoremas ó como una barra de acero».

Taine amaba á la naturaleza. «Una gran parte del año, dice Ph. Berthelot, vivía en Saboya, en Menthon-Saint-Bernard, trabajando con pasión, siempre que podía, paseando su alma inquieta bajo las umbrías de Boringe donde había instalado un *cottage* inglés en una finca de *gentleman farmer*. Allí encontraba como un reflejo de esa Inglaterra cuya jerarquía y sentido práctico admiraba tanto. Soñaba á veces con fundar

¹ En junio de 1868, se había casado Taine con la hija de un arquitecto y decorador afamado, A. Dominique Desnuelle, muerto en 1879. De este matrimonio nacieron un hijo y una hija.

allí una familia á la moda antigua, que como bienhechora de la comarca, se convirtiese al cabo de varias generaciones, en el centro vivo del país. Allí iban á verle sus amigos y muy cerca de allí pasó dos veranos Renan; allí, bajo los viejos nogales de la abadía de Talloires, discutieron por la primera vez de su vida. Renan defendía á su querido Lamartine, y Taine á su poeta preferido, á Musset. »

Su vida fué retirada, casta y laboriosa. Á su muerte, el Sr. de Vogüe escribía estas palabras llenas de emoción :

Acabo de arrodillarme ante el lecho mortuorio de un santo. Si las palabras, bajo sus empleos transitorios, conservan un sentido íntimo y duradero, si el más hermoso título inventado por los hombres, que justifica sobre todo por la renunciación á las cosas terrestres, por la consagración de toda una vida á las verdades eternas y por la práctica del bien, — nadie ha merecido este título mejor que este benedictino extraviado en medio de nuestro siglo, en el que parecía un monje que anda en busca de su convento.

En crítica fué el doctrinario del positivismo. Tuvo el dogmatismo en cuanto á los principios y el rigor en las deducciones. No establecía ninguna diferencia de naturaleza entre el mundo moral y el sensible. Consideró que la historia humana y la historia natural están sometidas á las mismas leyes orgánicas y que, por consiguiente, el método que se aplica á la historia natural debe aplicarse también á la historia humana. Una obra literaria no es un simple juguete de imaginación, sino el signo de tal ó cual estado de espíritu :

Es, dice en resumen G. Pélassier, un indicio por medio del cual reconstruiremos primero al hombre corporal y luego al hombre interior. Pero reconstruir á un individuo, no es únicamente notar sus particularidades salientes. Cuando el estudio de algún escritor nos haya puesto en posesión de cierto número de fórmulas propias para caracterizarle, echaremos de ver en seguida que esas fórmulas dependen unas de otras, que las cualidades de que son signo se encadenan entre sí y que, si una variase, las demás variarían en la misma proporción. Esto es lo que Taine llama *las dependencias*. Además de las dependencias hay *condiciones*. Toda obra de arte se halla condicionada ya por circunstancias anteriores, ya por la naturaleza propia del artista, no siendo esta misma naturaleza sino el producto de factores preexistentes. Después del enlace de las cosas simultáneas, he aquí el enlace de las sucesivas; y de estas dos leyes se deriva todo el método de Taine. Con la de las dependencias se relaciona la teoría de la *facultad maestra*, con la de las condiciones la teoría de las *tres influencias primordiales*, la raza, el medio y el momento.

La parte del libre albedrío se ve en todo esto reducida á la menor expresión, puesto que « todos los movimientos del autómatas espiritual que es nuestro ser, se hallan tan sometidos á regla como los del mundo

material en que está comprendido ». Vicio y virtud le han suministrado su famosa declaración :

Sean los hechos físicos ó morales, siempre tienen causas; las tiene la ambición, el valor, la veracidad, lo mismo que la digestión, el movimiento muscular y el calor animal. El vicio y la virtud son productos como el azúcar y el vitriolo y todo dato complejo nace del encuentro de otros datos más simples de que depende. Busquemos pues los datos simples, lo mismo en lo relativo á las cualidades morales que á las cualidades físicas. Decir que el vicio y la virtud son productos como el vitriolo y el azúcar, no quiere decir que sean productos químicos como dichos cuerpos. Son productos morales creados por elementos morales que se unen y, del mismo modo que es necesario, para hacer y descomponer el vitriolo, conocer las materias químicas de que se compone, para crear en el hombre el odio á la mentira, es útil buscar los elementos psicológicos que, mediante su unión, producen la veracidad.

Por eso sólo tiene muy mediana confianza en esos laboratorios automáticos que se llaman electores :

Diez millones de ignorantes no pueden constituir un sabio. Un pueblo consultado puede en rigor indicar la forma de gobierno que le agrada, pero no la que necesita. Eso no lo aprenderá sino con el uso.

En el prefacio de *Ensayos de crítica y de historia*, se defiende Taine de la acusación de haber comprometido la moral y la fe : no puede hacerlo sin faltar á la lógica. Pero ¡ qué elevación y qué belleza! en la expresión de ese instinto que tuvo de un ideal superior al mundo físico y á sus leyes :

Bajo su envoltura griega, católica, ó protestante, el cristianismo constituye aún para cuatrocientos millones de criaturas humanas, el órgano espiritual, el gran par de alas indispensables para elevar al hombre sobre sí mismo, sobre su vida rastrera y sus horizontes limitados, para conducirlo, á través de la paciencia, la resignación y la esperanza hasta la serenidad. Para empujarle, por encima de la templanza, la pureza y la bondad, hasta la abnegación y el sacrificio. Siempre y en todas partes, desde hace mil ochocientos años, inmediatamente que esas alas desfallecen ó se ven rotas, se degradan las costumbres públicas y privadas. En Italia durante el Renacimiento, en Inglaterra bajo la Restauración, en Francia bajo la Convención y el Directorio, se vió al hombre hacerse pagano como en el siglo primero; por el mismo hecho se encontraba tal como en tiempo de Augusto y de Tiberio, es decir voluptuoso y duro; el egoísmo brutal y calculador había recobrado su ascendiente, la crueldad y el sensualismo, se ostentaban por todas partes; la sociedad se convertía en un sitio peligroso y malo. Cuando se ha podido uno procurar ese espectáculo de cerca, se puede evaluar lo que ha aportado el cristianismo á nuestras sociedades modernas, y lo que ha introducido en ellas de pudor, de dulzura y de humanidad y lo que en ellas mantiene de honradez, de buena fe y de justicia. No bastan para re-

emplazarle en este servicio, ni la razón filosófica, ni la cultura artística y literaria, ni siquiera el honor feudal, militar y caballeresco, ni ningún código, administración ni gobierno. Solo él puede contenernos en nuestra pendiente natal, para evitar el deslizamiento insensible mediante el cual retrograda nuestra raza incesantemente y con todo su peso original hacia sus más bajos elementos; y el viejo Evangelio, cualquiera que sea su envoltura presente, es aún el mejor auxiliar del instinto social.

En el fondo ha simplificado la psicología. Tenía que hacerlo para edificar el edificio que quería, con la fachada cubierta de cemento, fortificada con espigones, mureas, cruceros y brochales: pero un empuje da con todo en tierra.

En el prefacio de su primera obra, *La Fontaine y sus fábulas*, él mismo, dice G. Pélissier, indica el punto de vista en que se coloca, el de un naturalista que, á la vista de una colmena, nos dijese:

Vamos á diseccionar abejas, á examinar sus órganos, á indicar la clase á que pertenecen. Entonces observaremos los órganos del ejercicio; veremos como recoge el insecto el polen de las flores y lo elabora; estudiaremos los procedimientos de todo su trabajo y procuraremos indicar las leyes químicas y las reglas matemáticas con arreglo á las cuales son fabricados y equilibrados los materiales que emplea...

Taine ha expuesto su sistema filosófico en tres obras: *Los Filósofos clásicos en Francia en el siglo diez y nueve*, el quinto volumen de la *Historia de la Literatura inglesa*, y el libro *la Inteligencia*. Los dos primeros contienen estudios: el autor indica en ellos sus ideas personales para oponerlas á la de los filósofos de quienes habla. El tercero nos da la doctrina filosófica de Taine sistematizada. Desgraciadamente no tenemos más que la mitad: la teoría del entendimiento ó la psicología. La muerte no le permitió agregar la voluntad y la moral.

Descomponer el conocimiento, dice Pilon, remontarse á su origen, y reconstituirlo y seguir su marcha: tal es el plan muy sencillo y muy metódico de Taine. ¿Cómo se manifiesta el espíritu? Por medio del lenguaje, que es el carácter psicológico sensible que separa al hombre del animal. La palabra es la realidad que se presenta desde luego á examen: por eso empieza Taine el análisis de la conciencia por la palabra. De esta nos lleva á la imagen, de la imagen á la sensación, de la sensación compuesta á la elemental y por último al fenómeno psicológico correspondiente. Las palabras son signos. Los signos nacen de la ley de asociación de los fenómenos psicológicos. ¿Qué es un nombre propio? Cierta sensación que despierta en el espíritu la imagen de un objeto determinado, cierta imagen que es despertada en el espíritu por la sensación ó la imagen de dicho objeto. ¿Qué es un nombre común? Cierta imagen que tiene la propiedad de despertar en nosotros las imágenes de los individuos que pertenecen á determinadas clases y únicamente de ellos, cierta imagen que se despierta en nosotros cada vez que se presenta á nuestra memoria ó á nuestra experiencia un individuo de esa misma clase.

« Las ideas se reducen á imágenes y la imagen á la sensación: « Cada sensación débil ó fuerte, cada experimento grande ó pequeño tiende á renacer por medio de una imagen interior que lo repite y que puede repetirse á sí misma después de muy largas pausas, é indefinidamente.

Pero como las sensaciones son numerosas y se ven á cada instante reemplazadas por otras, sin tregua ni fin, hasta el término de la vida, hay conflictiva de preponderancia entre esas imágenes y aunque todas tienden á renacer, sólo renacen las que poseen las prerogativas exigidas por las leyes del renacimiento; todas las otras permanecen incompletas ó nulas según las leyes de la desaparición.

El análisis de la sensación desprende de sí tres principios importantes. El primero es que dos sensaciones sucesivas que separadas, son nulas para la conciencia, pueden, relacionándose, formar una sensación total capaz de ser percibida por la conciencia. El segundo es que una sensación indescomponible para la conciencia y simple en apariencia, es un compuesto de sensaciones excesivas y simultáneas, que son á su vez muy compuestas. El tercero, que dos sensaciones de la misma naturaleza y que sólo difieren por el tamaño, el orden y el número de sus elementos, aparecen á la conciencia como irreductibles entre sí y dotadas de cualidades especiales absolutamente distintas.

Al fin del análisis psicológico, en los límites del mundo moral, en el encuentro de los fenómenos fisiológicos, se plantea un problema: el de las condiciones físicas de los acontecimientos morales. Taine deduce en conclusión que el acontecimiento moral es la realidad y el físico, el signo. « El mundo físico, dice, se reduce á un sistema de signos, y para construirlo y concebirlo en sí mismo, no quedan sino los materiales del mundo moral. »

Después del análisis del conocimiento, viene naturalmente el estudio de las condiciones en que éste se constituye, y de sus objetos, considerados en general en cuanto á su alcance. « Nuestra percepción exterior es un sueño interior que se halla en armonía con las cosas de fuera; y en lugar de decir que la alucinación es una perfección exterior falsa, hay que decir que la perfección exterior es una *alucinación verdadera*. »

Muestra entonces cómo se constituyen las diversas clases de conocimientos. Toma de la escuela asociacionista inglesa gran número de observaciones y de análisis. Es incontestable la influencia de los trabajos de esta escuela sobre su espíritu. Sin embargo, se separa de Stuart Mill y de Bain:

¿No son los cuerpos, se pregunta, sino un simple agregado de poderes ó posibilidades permanentes acerca de los cuales no podemos afirmar otra cosa que los efectos que provocan en nosotros? Mejor aún, como lo creen Bain y Stuart Mill, siguiendo á Berkeley, ¿no son dichos cuerpos más que una pura nada, erigida por una ilusión del espíritu humano en substancias y en cosas exteriores? ¿No hay en la naturaleza más que las series de sensaciones pasa-